

acaso, sin gusto ni método, sino por simple agregación de volúmenes, á pedir libros prestados y . . . á leerlos.

Dicho queda que la caprichosa niña empezó á desmejorar considerablemente, á surtir vértigos, á no querer comer y á enfermar, no se sabía de qué.

El facultativo se inclinaba á creer que las perturbaciones de la enferma, explicables en cierto modo por la absoluta falta de higiene, reconocían además una causa moral no bien determinada, pues nada encontró en el nimio interrogatorio que hizo á los padres de la enferma, mejor que á ella, que pudiera confirmar los temores de un padecimiento físico.

Pero ¿qué era entonces y como se explica aquella semivaguedad mental, tendente á algo que podía concretarse y que sin embargo el mismo galeno no podía concretar?

La histeria, ese terrible mal que parece hecho sólo para el alma y que plantea y desarrolla los más raros problemas físicos-morales, parecía haber sitiado á la pobre niña y había que librarla á todo trance: ¡Pobrecita! las rosas de sus mejillas, como sucede á las rosas guardadas, habían perdido su frescura, el color y la transparencia; y sus ojos, ahora pidiendo la luz que antes reflejaban, le daban un aspecto de profunda tristeza y de tierna melancolía, que convidaba á pensar en un hondo misterio.

Sus amigas, desagradadas por el repentino abandono de Julina, empezaron á visitarla, y como auxiliares del médico, la asediaban con preguntas que, si bien no bastaban á colorear el rostro de la enferma, sí como que animaban sus ojos negros y adormidos á la par de su alma.

Lira, rubia traviesa como nadie y la más insinuante de todas sus amigas, había hecho cuestión de amor propio diagnosticar la dolencia de Julina, y se dedicó á acompañarla y á mimarla con verdadera asiduidad; pero todo sin fruto.

Cuando el médico le tomaba la lección, en que ella tanto le aventaja ba, y en la que el facultativo contaba con encontrar mejores datos, que en la enferma, el resultado era siempre el mismo, siempre negativo.

Los diarios paseos, las constantes distracciones, los baños frecuentes y las pocas drogas prescritas á Julina, nada hasta entonces habían logrado, sino cansarla y fatigarla de tal modo que empezó á negarse á todo y á no querer salir.

En semejante situación y á tiempo en que Lira se encontraba encerrada con la enferma en su recámara, en una tarde hermosa de Abril, se oyó la voz de una persona que hablaba en el corredor, tratando un negocio con el padre de Julina.

Oír aquella voz, incorporarse la enferma, que estaba recostada en su lecho, pararse y acercarse á la puerta, todo fué uno, y si no hubiera sido por los brazos de Lira, que la retuvieron amorosamente, habría caído al suelo.

Restituida á la cama y víctima de un extraño vahído, que pronto desaparecieron los cuidados solícitos de la familia, Julina quedó largo tiempo aletargada, esquivando todo ruido y como ahondando sus pensamientos, que visiblemente la conmovían. Parecía que si aquella voz no resonaba ya en sus oídos, si la escuchaba en el fondo de su alma y que constituía todo su encanto, su delicia, su supremo bien. Su semblante irradió una sonrisa y dijo que quería salir. Parecía entonces á aquella hermosa tarde bañada por los rayos del sol? Qué era, pues, lo que producía aquel milagro tan raro como inesperado?

Pronto estuvo lista, aunque con un sencillo atavío y salió acompañada de Lira.

No seguía un rumbo fijo, sino que caminaba al acaso; más como era casi indispensable en una ciudad como la de M, recorrer varias calles sin tocar el centro, vió que algunos operarios instalaban hácia

un lado de la plaza, una carpa para circo. Entonces detuvo el paso; sus ojos se abrieron desmesuradamente para cerrarse luego, y sus mejillas se arrebolaron sensiblemente: no pudo seguir y se detuvo del brazo de su amiga. El corazón la ahogaba y Lira temió algo serio. . . . La crisis fué violenta; algunas gotas de sudor, disipadas prontamente, en el rostro de Julina y un profundo suspiro que no pudo esquivar, fueron el anuncio de su retorno á la vida; y sin hablar nada, aunque anhelosa, significó deseos de regresar á casa.

Lira estaba más absorta por el nuevo choqué, que no sabía á qué atribuir, ni con qué relacionar; y cuando, ya cerca de su morada, les salió al encuentro la solícita y cuidada madre de la enferma, la encontró muy repuesta y animosa, devolviendo con creces la tierna y muda salutación de la hija.

Lira hizo un guiño á la madre, que ésta supo traducir, y se proporcionaron una entrevista á solas; entrevista que, si de nada les sirvió, si aprovechó á la enferma para respirar con todos sus pulmones y para lanzar ruidosos y largos suspiros que aliviaban su pecho, desahogaban su corazón y dejaban á su alma buen espacio en que aleteaban sus esperanzas cautivas tanto tiempo por las alas plegadas.

—Si Lira no volviera—se decía—si nada le preguntara, ó si ella, que tan bien la quería, pudiera contarle algo de aquel mal que empezaba á transformarse en dicha, qué felicidad! Pero si en cambio, ella y su madre habían de volver y volverían muy pronto á preguntarla qué sentía, qué tenía y qué quería, no encontraba, estaba segura, respues<sup>ta</sup> ta que darles. Y la llenarían de mimos, la velarían como hacía tantas noches y estarían, si, allí, junto á su lecho, alumbrada la pieza y pendientes de su respiración y movimientos, cuando tanto necesitaba estar sola. Mas cómo desairarlas, cómo decirselos, cómo insinuar si-